

quien asesinó á nuestro señor. Tendrá entre sus parientes muchos enemigos mortales.»

Abrazó á Crimilda diciéndole llorando, que por cuanto quería quedarse que bien estaba: vamos á volver ahora á nuestro país sin alegría ninguna: ahora comprendo todo mi dolor.



Abandonaron sin acompañamiento á Worms sobre el Rhin: iban con el ánimo tranquilo, pues si por enemistad los atacaban, los brazos de los Nibelungos sabrían defenderse bien.

Ellos no se despidieron de nadie. Vieron á Geiselher y á Gernot que se acercaban afectuosamente al rey: se sentían afligidos por su dolor y así se lo hicieron saber los fuertes héroes.

Así dijo cortésmente el fuerte Gernot: « Dios del cielo sabe, que en la muerte de Sigfrido no tengo parte ningun-

na; yo no supe nunca que tuviera aquí un enemigo: tengo motivos para llorarlo.»

El joven Geiselher los acompañó amistosamente. Acompañó sin cuidado ninguno hasta el Niderland al rey y á sus guerreros, poseidos aun de honda pena. ¡Entre sus parientes encontraron alegres á muy pocos!

Lo que después les sucedió, no os lo puedo decir. Los gemidos de Crimilda se oían continuamente, sin que nadie pudiera consolarla sino Geiselher; éste era bueno y fiel.

Brunequilda la hermosa, permanecía con impertinencia. ¡Por muchas que fueran las penas de Crimilda, nada le importaba! Nunca más en su vida le volvió á tener confianza. Pero después Crimilda le causó amarguísimos pesares.

## XIX.

### COMO EL TESORO DE LOS NIBELUNGOS FUÉ LLEVADO Á WORMS.

**H**ABIENDO quedado viuda la noble Crimilda, el margrave Eckwart permaneció en el país con sus hombres. Él servía á su señora y juntos lloraban al muerto.

En Worms, cerca de la catedral, le construyeron una vivienda ancha y alta, grande y rica, donde permaneció con su acompañamiento sin alegría ninguna. Iba con devoción á la iglesia y hallaba algún consuelo.

Con el alma triste y con pena iba todos los días á la tumba de su esposo, y rogaba al Señor Dios que acogiera su alma; muchas veces se lo pidió con corazón contrito.

Uta y las de su acompañamiento, la consolaban siempre; pero tenía en su corazón herido, un vacío tan grande, que



no podía llenarse con ningún consuelo. El deseo de ver á su amigo, le causaba mayor pesar.

Nunca fué otro el deseo de una mujer con respecto á su amado esposo : su gran virtud podía reconocerse en esto. Ella lloró hasta el fin, en tanto que vivió. Pero bien pronto consiguió una horrible venganza.

Permaneció en el dolor , es cierto, por la muerte de su esposo tres años y medio, sin decir una palabra á Gunter, y sin ver jamás en este tiempo á Hagen.

Así dijo al rey Hagen de Troneja : « Procura conquistar de nuevo la voluntad de tu hermana , y de este modo podremos traer al país el tesoro de los Nibelungos : mucho podría hacerse si tuvieras la confianza de la reina. »

« Vamos á intentarlo », le respondió el rey. « Cerca de ella están Gernot y Geiselher ; les rogaremos que intercedan ellos, para que nos vuelva su confianza y nos la dé gustosa. » « No lo creo » respondió Hagen « eso no sucederá jamás. »

Hizo venir á la corte á Ortwein y al margrave Gere : y luego cuando estuvieron allí, á Gernot y al joven Geiselher ; ellos intercedieron amistosamente cerca de Crimilda.

Así dijo Gernot el fuerte de Borgoña : « Señora, tiempo hace que lloráis la muerte de Sigfrido. El rey quiere probaros que él no lo ha matado. Siempre se os oye llorar dolorosamente. »

Ella contestó : « Nadie ha dicho que él sea , es la mano de Hagen. Cuando supo de mí donde podía ser herido, ¿ cómo había yo de saber el odio que le tenía en su alma ? ¡ Por qué no impedi ! », añadió la noble reina.

« Que conociera el secreto de su hermoso cuerpo : ¡ no sería ahora , desgraciada de mí , una viuda infortunada ! ¡ Nunca perdonaré á los que han cometido el crimen ! » Geiselher el agraciado joven le comenzó á suplicar.

Ella contestó : « Por cuanto lo exigís de mí, lo saludaré. Pero el delito es grande , es vuestro. ¡ Me ha causado el rey tantos males sin que yo los merezca ! Mis labios le otorgaron el perdón, pero mi corazón le está cerrado para siempre. »

« Todo se arreglará dentro de poco » le dijeron sus pa-

rientes. « Tal vez procure él que más adelante seáis dichosa. » « Él os consolará » le dijo el héroe Gernot. La desconsolada mujer le respondió : « Bien veis que hago lo que queréis. »

« Quiero saludar al rey. » Habiendo ella dado su consentimiento, el rey fué á su presencia , rodeado de sus mejores amigos, pero Hagen no se atrevió á presentarse : tenía remordimiento por su crimen y hubiera hecho muy mal.

Como quería dar al olvido el rencor que tenía contra Gunter, dejó que la abrazara. Si su falta no hubiera sido causa de su desgracia , hubiera podido visitarla con mayor tranquilidad.

Nunca se llevó á cabo una reconciliación entre amigos, con tantas lágrimas como aquella. La pérdida experimentada le hacía sufrir mucho : perdonó á todos menos á un hombre: nadie lo hubiera matado, si Hagen no se empeñara en ello.

Poco tiempo después hicieron de modo que la joven reina mandara llevar á las orillas del Rhin el gran tesoro del país de los Nibelungos : era lo que constituían sus arras y tenía derecho para hacerlo.

Con objeto de traerlo , partieron Geiselher y también Gernot. La señora Crimilda mandó que fueran ocho mil hombres para sacarlo de donde estaba guardado bajo la custodia de Alberico y de sus amigos más valientes.

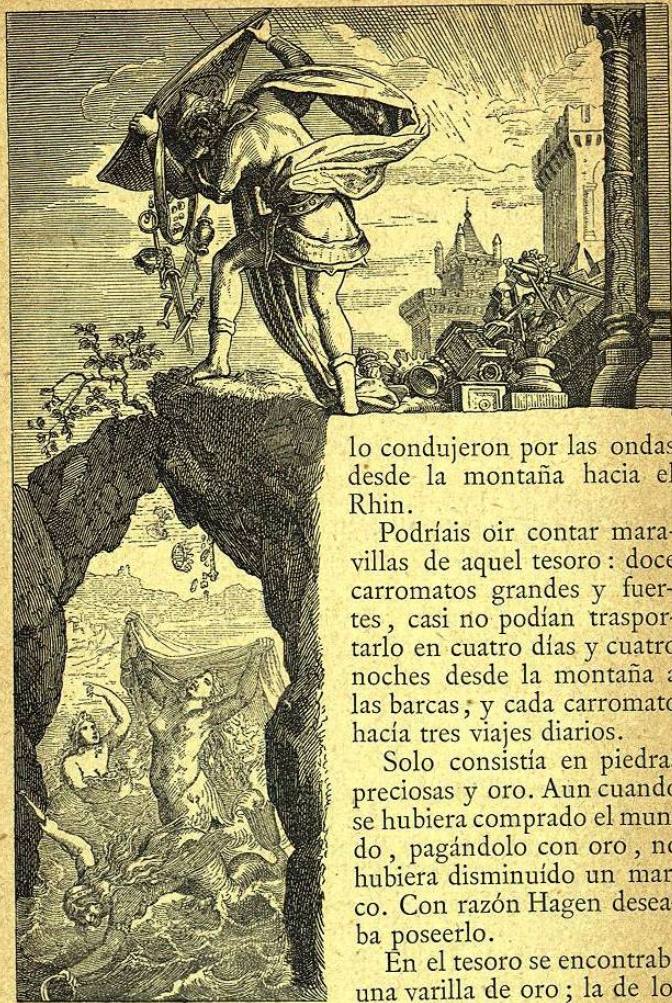
Cuando estos vieron llegar á los que venían del Rhin, para llevarse el tesoro , el fuerte Alberico, dijo á sus amigos : « Si la noble reina lo reclama , no podemos conservar por más tiempo el tesoro, por que son sus arras. »

« Yo nunca lo hubiera abandonado », añadió Alberico, sin la desgracia de haber perdido á Sigfrido y la Tarnkappa, pues siempre la llevaba el esposo de Crimilda la hermosa.

« Pero ahora sí, por que Sigfrido ha experimentado desgracia y perdido la Tarnkappa, con que el héroe conquistó todo el país. » El camarero se apresuró á ir en busca de las llaves.

Delante de la montaña permanecían los enviados de Crimilda y muchos de sus amigos : recogieron el tesoro y lo llevaron hacia el mar, colocándolo en fuertes barcas, y





lo condujeron por las ondas desde la montaña hacia el Rhin.

Podrías oír contar maravillas de aquel tesoro: doce carromatos grandes y fuertes, casi no podían trasportarlo en cuatro días y cuatro noches desde la montaña á las barcas; y cada carromato hacía tres viajes diarios.

Solo consistía en piedras preciosas y oro. Aun cuando se hubiera comprado el mundo, pagándolo con oro, no hubiera disminuído un marcao. Con razón Hagen deseaba poseerlo.

En el tesoro se encontraba una varilla de oro; la de los deseos: el que la tuviera,

podía ser dueño de todos los hombres de la tierra. Muchos de los amigos de Alberico, partieron con Gernot.

Cuando el héroe Gernot y el joven Geiselher se hubie-

ron apoderado del tesoro, fueron señores también de los campos, de las ciudades y de muchos guerreros. Todo les quedó sometido de grado ó por fuerza.

Cuando llevaron el tesoro al país del rey Gunter y la reina quedó en posesión de él, sus cámaras y las torres se llenaron. Hasta entonces nunca se había oído hablar de tan gran cantidad de riquezas.

Pero aun cuando el tesoro hubiera sido mil veces más grande, si Sigfrido hubiera podido resucitar sano y salvo, Crimilda hubiera permanecido gustosa á su lado, con las manos vacías. Nunca un héroe tendrá esposa tan fiel.

Cuando tuvo el tesoro, llamó al país á muchos guerreros extranjeros. Tanto daba la mano de aquella mujer, que nunca se vió bondad tan grande. Era muy virtuosa, debemos confesarlo.

Dió tanto á los pobres y á los ricos, que Hagen dijo al rey: « Si vive solo algún tiempo, conseguirá tener tantos hombres á su servicio que no quedará sino muy poco. »

El rey Gunter le respondió: « Sus bienes le pertenecen: ¿ cómo podré impedirle que haga lo que quiera? Con trabajo he conseguido que no me ódie; nada me importan sus piedras preciosas, ni su oro rojo. »

Hagen dijo al rey: « Un hombre prevenido no dejaría ese tesoro en manos de una mujer. Ella conseguirá tanto con sus regalos, que llegará un día en el que los fuertes Borgoñones, tendrán que arrepentirse de habérselos dejado hacer. »

El rey Gunter replicó: « Yo le he jurado que jamás le causaré pena alguna y quiero cumplírselo; ella es mi hermana. » Hagen le respondió al momento: « Déjame que yo sea el culpable. »

Los juramentos que habían hecho no fueron respetados: quitaron á la viuda sus cuantiosas riquezas. Hagen se había apoderado de todas las llaves. Cuando su hermano Gernot supo esto, se enfureció.

Así dijo el joven Geiselher: « Muchas penas ha inferido Hagen á mi hermana: me opondré á que continúe: sino fuera mi próximo pariente, las pagaría con la vida. » De nuevo comenzó á llorar la viuda de Sigfrido.



El rey Gernot dijo : « Más vale que en vez de atormen-  
tarnos por causa de ese oro, lo arrojemos al Rhin, para que  
no sea de nadie. » Ella llorando se presentó á Geiselher.

Le dijo : « Querido hermano, menester es que pienses  
en mí : sé el protector de mi vida y de mis bienes. » Le  
contestó á su hermana. « Así lo haré cuando volvamos :  
tenemos que hacer un viaje. »

Gunter y sus parientes salieron del país, al menos los  
que eran más bravos. Solo permaneció Hagen por el odio  
que profesaba á Crimilda ; se quedó por hacerle daño.

Antes que el rico rey volviera, Hagen se había apodera-  
do del tesoro : todo entero lo llevó al Rhin cerca de Lors-  
che. Esperaba disfrutar de él, pero no fué así.

Después Hagen de Troneja no pudo sacar nada del te-  
soro, como sucede á los que faltan á sus juramentos. El  
tesoro quedó perdido para él, lo mismo que para los demás.

Los príncipes volvieron acompañados de muchos hom-  
bres. Crimilda con sus doncellas y mujeres, comenzó á la-  
mentarse de la ofensa que había recibido : sombríos eran  
sus sentimientos. Allí estaba el héroe para servirla hasta la  
muerte.

Dijeron entre sí : « No ha obrado bien. » Hagen huyó  
de la presencia de los príncipes, hasta que nuevamente vol-  
vió á su favor ; pero el odio de Crimilda no podía ser ya  
más grande.

Con nueva pena se vió afligido su ánimo. Después de  
muerto su esposo, le arrebatában sus riquezas : toda su vida  
duró su queja sin acabar hasta el último día.

Después de la muerte de Sigfrido — esta es la verdad —  
permaneció en el dolor trece años. La muerte del guerrero  
permanecía siempre fija en su ánimo. Ella le fué muy fiel,  
así lo afirman todos.

La señora Uta creó después de la muerte de Daukwart  
una rica abadía, dándole muchas fértiles tierras de labor,  
que eran suyas. El monasterio de Lorsche las poseía aún  
y fué muy honrado.

Crimilda dió también, por el reposo del alma de Sigfrido  
y por el de todas las almas, una gran cantidad de oro y  
de piedras preciosas.

Después que la señora Crimilda había concedido su  
perdón al rey Gunter, y después de haber perdido el te-  
soro por gran traición, sus dolores fueron más crueles : la  
noble y altiva mujer quería partir de allí.

La señora Uta se hizo preparar una suntuosa y amplia  
vivienda en el monasterio de Lorsche, á donde se retiró se-  
parándose de sus hijos. Allí reposaba la elevada reina en  
una tumba.

Así dijo la reina viuda : « Querida hija mía, por cuanto  
no quieres permanecer aquí, vente conmigo á mi casa de  
Lorsche, donde te dejaré llorar. » Crimilda le replicó :  
« ¿ Voy á dejar aquí mi esposo ? »

« Déjalo reposar aquí, » le contestó la señora Uta. « El  
Dios del cielo no lo quiera, » replicó la buena esposa,  
« querida madre, nunca abandonaré á mi esposo ; es me-  
nester que lo lleve conmigo. »

La viuda dolorida lo hizo sacar de la tumba, y poco  
después sus nobles restos fueron enterrados en Lorsche  
con grandes honores, cerca del convento. El héroe reposó  
allí en un gran ataúd.

Al tiempo en que Crimilda iba á partir, para reunirse con  
su madre, tuvo que detenerse á causa de unas noticias  
que desde muy lejos llegaron hasta el Rhin.

## XX.

## DE COMO EL REY ETZEL BUSCÓ Á CRIMILDA.

**P**OR aquél tiempo murió la señora Helke, y el rey  
Etsel buscaba otra esposa. Sus amigos camina-  
ron hacia el país de Borgoña, donde había una  
altanera viuda que se llamaba la señora Cri-  
milda.  
Cuando murió la hermosa Helke, la reina, le dijeron :